



PERSONAJES. Rodrigo Leitón (Sebastian), Fedra Rodríguez (Secundila) y Eugenia Chaverri (La Chon) protagonizan *El Moto*.

Pantalla

CHICA

■ Víctor J. Flury

El hijo y el padre

Hay formas y formas de identidad. El rezo del hijo ante la tumba del padre es una de ellas. El Moto, producción tica estrenada el lunes (Canal 13, 8 p. m.), creo que adhiera a esta imagen. Así podría explicarse que el libro de García Monge haya sido para Alonso Venegas, director de la versión televisiva, un cable a tierra continuo y no materia prima de una verdadera recreación fílmica.

La ilustración del texto se impone, pues, lisa y

llana; y las acciones y personajes son descritos exteriormente, dejando de lado la expresión del sentimiento, el drama mismo de un amor destruido por las diferencias sociales.

Esto no implica ignorar el celo de quienes participaron de la obra ni tampoco imprimir un juicio desde las alturas. Vaya el mensaje particularmente a don Oscar Aguilar, factótum del proyecto aquí comentado y de varios otros de inminente realización.

Pero vale la pena advertir, aunque parezca obvio, que la relectura televisual de un libro implica el aprovechamiento de los recursos del nuevo medio en toda su extensión. Un botón de muestra: los dos mejores momentos, aquellos que hacen la diferencia a lo largo de la trama (cuando al Moto lo arrastra el caballo, mientras Sebastián pide la mano de su hija a los padres de Cundila; y cuando las palabras del

sacerdote, a la hora nupcial, resuenan dentro del cuarto de José Blas) derivan de un buen uso del montaje alternado.

Eugenia Chaverri, Guido Sáenz, Luis Fernando Gómez, Rodrigo Leitón y Mariano González, los veteranos, muestran su oficio; los nuevos cumplen una labor pareja, aunque destella por ahí Gioconda Acuña. Asimismo, rescato de mi carpeta ciertos logros auditivos del guionista Rodrigo Durán y el deseo colectivo de hacer algo auténtico, aspectos loables aunque insuficientes. Un telefilme exige, además y principalmente, brío narrativo y paroxismos: debe emocionar y transmitir vivencias.

Claro, esto último corresponde a otra forma de identidad. La de ponerse en el papel de un padre junto a la cuna del hijo y soñar un sueño de futuro.

Cambio y fuera.